

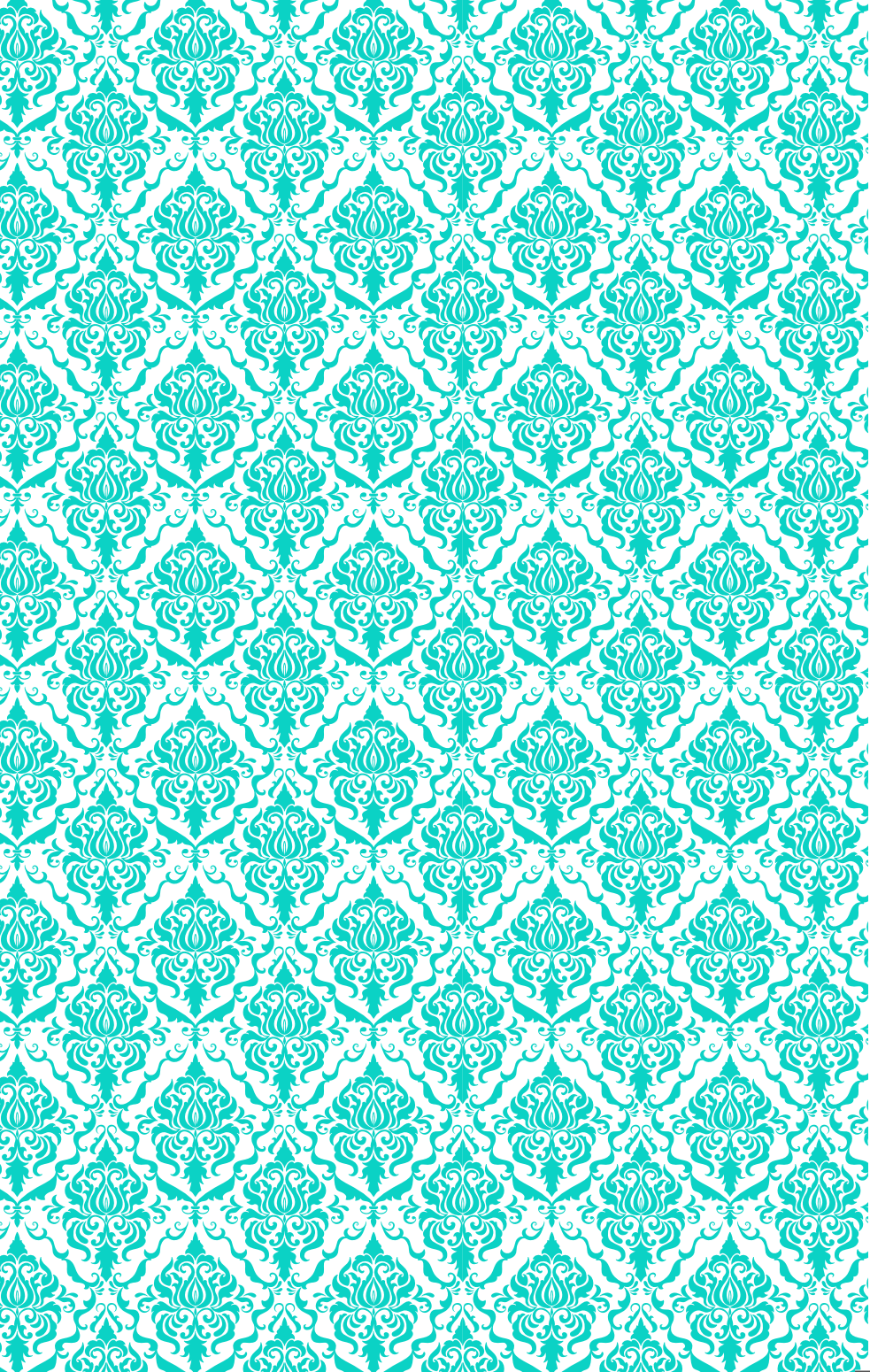
COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

alvador Díaz Mirón

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura





Salvador Díaz Mirón

Poesía selecta

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Salvador Díaz Mirón

Poesía selecta



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2017

Director de la colección
Hugo Gutiérrez Vega †

Coordinadores de la colección
Marco Antonio Campos
Jorge Souza Jauffred
Lucinda de Gutiérrez Vega †

Autor
Salvador Díaz Mirón

Selección y prólogo
Sofía Cham Trewick

D.R. © 2017, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre 2017

ISBN 978-607-742-913-5



Este trabajo está autorizado bajo la licencia
Creative Commons Atribución-
NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC
BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede
ser compartido y redistribuido, siempre que el
crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser
mezclado, transformado, construir sobre él ni
utilizado con propósitos comerciales. Para más
detalles consúltase [https://
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/
deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es)

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra Casa de Estudio acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

11	Díaz Mirón, un león con alma de poeta
23	Qué es poesía
25	Cleopatra
27	Deseos
29	Ojos verdes
31	Mística
32	Date Lilia
35	Sursum
40	A Gloria
43	A M...
44	Voces interiores
48	Asonancias
49	Estancias
52	A Byron
56	La nube
57	Napoleón
58	A Margarita
61	A mis versos
62	Excélsior

64	Música fúnebre
65	Ecce Homo
68	Vigilia y sueño
70	La oración del preso
72	El fantasma
73	Nox
77	Engarce
78	A ti
79	A Ella
80	A Tirsa
82	Dea
89	Avernus*
92	Paquito
95	Audacia
96	Ópalo

Díaz Mirón, un león con alma de poeta

SOFÍA CHAM TREWICK

Alto, robusto, de voz imponente y bigote grueso, Salvador Díaz Mirón fue uno de los grandes autores de Modernismo latinoamericano; su conocimiento de la forma del poema, su dominio de la técnica y la profunda claridad de sus versos le otorgaron un sitio entre los inmortales; en cambio, su carácter –difícil, bravío, intolerante– le condujo a momentos difíciles y a conflictos que marcaron su vida y afectaron su actividad como periodista y como político, áreas donde también destacó.

Salvador Díaz Mirón, o mejor dicho, Salvador Antonio Edmundo Espiridión y Francisco de Paula Díaz Ibáñez, nació el 14 de diciembre de 1853, en la ciudad de Veracruz, donde falleció el 12 de junio de 1928, a los 74 años, cuando ya había obtenido el reconocimiento a su grandeza literaria. De su padre, Manuel Díaz Mirón (1821-1895), tomó el segundo apellido y su vocación; don Manuel había sido poeta, militar, director del periódico *El Veracruzano* y político que alcanzó la gubernatura de su estado por un breve periodo.

En cuanto a la fecha del nacimiento de Salvador, existen algunas dudas, ya que su acta natal no se en-

cuentra en el Registro Civil; además, en distintas entrevistas que concedió, refirió siempre fechas diferentes. El acta de su matrimonio con Genoveva Acea Remond, en 1882, consigna que en ese momento tenía 26 años, lo que se considera una edad aproximada. Quedó, sin embargo, registrada la fecha de 1853 como el año de su nacimiento, en una nota que el mismo Salvador Díaz Mirón dejó y que su hijo Mario conservó.

Sobre sus inicios en el campo de las letras y el periodismo, Roberto Meza Fuentes cita al poeta, cuando escribe:

(El periódico) El Pueblo. Este diario estaba dirigido por Rafael de Zayas Enríquez. En tal publicación inserté mis ensayos de periodista. Tenía entonces catorce años. Escribí con tal violencia, que fui desterrado. Esto sucedió en 1876.

Meza Fuentes agrega:

De ese modo es posible conciliar la iniciación periodística, a los catorce años, y el destierro por sus artículos publicados en *El Pueblo* en 1876, cuando ya era seguramente un poco mayor, pues habría sido absurdo que se desterrara a un adolescente.

Vivió su destierro en Nueva York, acompañado parcialmente por su padre; y cuando regresó dominaba el

inglés, el latín y se sentía preparado para continuar sus estudios en el seminario (donde solían educarse muchos jóvenes en aquella época) y para comenzar una carrera política que, años más tarde, le llevaría a ser diputado por Jalancingo, en su estado natal, cuando apenas tenía 26 años. Entre 1884 y 1885, y tras ser partícipe en varios episodios de enfrentamientos y riñas personales, obtuvo la diputación al Congreso de la Unión. Sus peleas no eran una sorpresa; Díaz Mirón amaba las armas y los duelos, y no rehusaba los enfrentamientos.

Poco antes, a los 25 años, tras un malentendido con Martín López Luchichí, el poeta de carácter indomable había sufrido una herida de bala en una clavícula, lo que le inutilizó el brazo izquierdo; a partir de entonces, su mano derecha siempre tuvo a su disposición un revólver. Aunque el poeta no menciona en sus textos el problema de ese brazo, se sintió identificado con Lord Byron y con Miguel de Cervantes Saavedra, a quienes dedicó sendos poemas.

Pavel Granados recuerda en un artículo que Díaz Mirón no gustaba hablar de literatura; sus temas favoritos eran “su hombría, la política nacional y los duelos en los que había participado”. Igualmente, relata que el poeta retó a duelo al entonces gobernador de Veracruz, Luis Mier y Terán, lo que evitó un tribunal de honor, al terminar su mandato tres años después, cuando dictaminó que Mier y Terán no tenía por qué responder a las ofensas que recibió siendo gobernante.

Aquel carácter recio le impulsó en el ejercicio de la oratoria, al tiempo que desarrollaba su poesía y lograba cautivar a su auditorio con la firmeza de su voz y la seguridad de su tono. Sus textos eran cada vez más conocidos y algunos de ellos repetidos de memoria por sus lectores. Aunque en la primera etapa sus versos se identificaban aún con el Romanticismo europeo, al paso del tiempo, su técnica logró que otros poetas lo celebraran como precursor del Modernismo. Rubén Darío en su edición de *Azul* (1890), le dedica un soneto antes de confesar que lo imitaba. Una parte señala:

Tu cuarteto es cuadriga de águilas bravas
que aman las tempestades, los Océanos;
las pesadas tizonas, las férreas clavas,
son las armas forjadas para tus manos.

Tu idea tiene cráteres y vierte lavas;
del Arte, recorriendo montes y llanos,
van tus rudas estrofas, jamás esclavas,
como un tropel de búfalos americanos...

Díaz Mirón fue un buscador incansable de la perfección, que consiguió en la musicalidad de sus versos, en el dominio de las palabras, en la calidad de sus imágenes y metáforas; pero su obsesión llegó a tal grado, que destruyó o renegó de los viejos poemas que no

mostraban el alto nivel de calidad que exigía. En el prólogo de *Lascas* deja en claro que no autoriza la publicación apócrifa de ningún poema que no esté contenido en esas páginas, donde se encuentran algunos de sus mejores y más representativos textos.

Su poema “A Gloria”, por ejemplo, refleja claramente tanto la maestría de su estilo como la fuerza de su carácter; y muestra su idea de la mujer, como “paloma para el nido”, en un mundo donde los hombres estaban llamados a ser leones para el combate. A ese poema pertenecen los siguientes versos tan conocidos:

Fiando en el instinto que me empuja,
desprecio los peligros que señalas.
“El ave canta aunque la rama cruja:
como que sabe lo que son sus alas”.

[...]

Los claros timbres de que estoy ufano
han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos!

[...]

¡Confórmate, mujer! Hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,

tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate.

“Como el león para el combate” vivía Díaz Mirón; así que, años después, la violencia regresó a su vida. Antonio Castro Leal dice que discutió por cuestiones políticas con Federico Wólter, quien “perdía el juicio” cuando estaba bebido. Pabel Granados escribe: “Seguramente, excedido en la bebida, Wólter comenzó a ofender al poeta; y éste salió del café para evitar una pelea. Pero el agresor salió a perseguirlo con un bastón. Díaz Mirón sacó entonces su pistola y disparó contra el provocador”. El poeta permaneció en la cárcel cuatro años, mientras corría el proceso; al final fue absuelto por considerarse que actuó en defensa propia. El encarcelamiento lo llevó a una reflexión interior que se vio reflejada en su poemario *Lascas* (1901), donde repudió sus poemas anteriores.

Lascas es un libro, diríamos, técnicamente perfecto, donde el espíritu del poeta se manifiesta, principalmente, a través del cultivo de la forma y de una novedosa eufonía que emerge de recursos técnicos distintos y deslumbrantes; en su mayoría, basados en las posturas parnasianas y simbolistas de la poesía francesa. El poeta y su obra se sostienen por sí mismos, tras encontrar una pausa obligada en el castigo del encierro. De aquellos momentos, Héctor Valdés escribe:

Al volver a la vida activa, Díaz Mirón ya no es el mismo de antes. El paladín de las causas populares, el defensor de los menesterosos, [...] sale de la prisión a una existencia menos riesgosa, más conciliadora, al menos en apariencia.

En esta nueva etapa, su expresión poética comienza a tener la forma y el ritmo que él siempre buscó. *Lascas*, considerado una obra maestra, es el fruto. En sus páginas, el amor a la poesía, la pasión por la mujer y algunos chispazos de lo divino se manifiestan para dejar constancia de que su obra y su pensamiento fueron superiores a la vida en la prisión. Ahí, su esperanza renació y se volcó en sus textos.

En cuanto a los amores manifestados en *Lascas*, hay por lo menos dos poemas significativos. El primero habla del dolor que le causó el casamiento de una dama, y logra un efecto poderoso mediante el uso de la anáfora “La fiesta de tu boda/ será mañana”.

No hay almíbar ni aroma
como tu charla...
¿Qué pastilla olorosa
y azucarada
disolverá en tu boca
su miel y su ámbar
cuando conmigo a solas
¡oh virgen! hablas?

La fiesta de tu boda
será mañana.

El segundo, titulado “A Tirsa”, lo escribe cuando recibe en la cárcel una carta de la dama, escrita con su propia sangre. Algunos biógrafos señalan que “Tirsa” fue uno de los amores más intensos de Díaz Mirón. En el poema escribe:

[...]

Y un consuelo has escrito a mis penas,
y la tinta consagra el favor,
si es carmín que ha corrido en tus venas
y por mí no ha pintado un rubor.

Díaz Mirón, entonces, vive una etapa más profunda y menos agitada, donde su personalidad agresiva se modera gracias a una introspectiva apacible, sin dejar por ello a un lado la intensidad que lo caracteriza y... algunos otros conflictos, menos violentos, por motivos, a veces, baladíes. Dentro del fiero León se encuentra el corazón de un hombre que derrama miel y oro:

Semejas esculpida en el más fino
hielo de cumbre sonrojado al beso
del Sol, y tienes ánimo travieso,
y eres embriagadora como el vino.

Encontramos también en Díaz Mirón al hombre que ha trabajado con su propia fe, y que le pide a Dios, dentro de su intimidad y en el tormento de la prisión, el perdón anhelado:

¡Señor, tenme piedad, aunque a ti clame
sin fe! ¡perdona que te niegue o riña
y el ara tienda con bochorno infame!

Igualmente, en el poema “El fantasma”, escrito en prisión, se plasma el relámpago del encuentro con Cristo. Pabel Granados escribe: “un fantasma irrumpió la noche de su aniversario, el 14 de diciembre de 1893. Esa visión fue transformada por el escritor en uno de sus mejores poemas: ‘El fantasma’; un poema difícil, pero también uno de los más bellos de la poesía mexicana”. Sus versos finales dicen:

Dulce y triste la faz; la veste zarca ...
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y brillantó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar; y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;
y un relámpago enciende mi alma negra.

Para entonces, lo siguen muchos admiradores deseosos de conocerlo. Sus poemas son una bandera ondeante, un emblema, donde no puede callar lo que vive. En el último de los poemas de *Lascas*, “Ópalo”, narra su visita a la tumba de Federico Wólker y juzga aquella acción exagerada, pero también precursora de una transformación interna y una nueva esperanza:

Si resulté raudal turbio de cieno
y espumante de cólera en un trueno,
en un fragor de alud,
la margen verdecio, y un espejismo
puso en mí, como prez, el otro abismo:
¡el de la excelsitud!

Aunque la poesía florecía, su actividad política en esa etapa ha sido cuestionada. Héctor Valdés acusa el apoyo implícito que brindó el poeta al régimen porfirista, al criticar a los revolucionarios, y el hecho de que aceptara la oferta de Victoriano Huerta, cuando éste había consumado la traición a Madero, para dirigir *El Imparcial*, el periódico oficial del régimen.

Al caer Huerta, Díaz Mirón huye a España y más tarde a La Habana, en donde se sostiene como profesor. Regresa a México en 1917, tras la amnistía de Venustiano Carranza a los intelectuales, y en 1921 rehusa aceptar una pensión ofrecida por Álvaro Obregón.

Sus poemas posteriores a 1901, ya en la cima del reconocimiento y la popularidad, fueron publicados en el *Semanario Literario Ilustrado*, *Revista Moderna*, *El Debate*, *Arte y Letras*, y *El Imparcial*. Fue elegido miembro correspondiente de la Academia Mexicana, si bien este nuevo logro no evitó que tuviera nuevos altercados surgidos de su duro temperamento.

Sus últimos días los pasó en el refugio de su casa; tenía casi la misma edad de su padre al morir. El 12 de junio de 1928 la flama de su vida se apagó y su cuerpo fue honrado en la Biblioteca del Pueblo (antiguo convento franciscano, hoy conocido como museo Recinto de la Reforma). El 14 de junio de ese mismo año, el féretro fue colocado en un carro especial, agregado al nocturno del Ferrocarril Mexicano, para ser transportado a la Ciudad de México, ya que el presidente Plutarco Elías Calles accedió a que los restos fueran llevados a la Rotonda de los Hombres Ilustres. Una multitud formó el cortejo desde la Biblioteca del Pueblo a la estación. El tren iba lleno de coronas de flores.

Qué es poesía

¡La poesía! Pugna sagrada,
radioso arcángel de ardiente espada,
tres heroísmos en conjunción:
el heroísmo del pensamiento,
el heroísmo del sentimiento
y el heroísmo de la expresión.

Flor que en la cumbre brilla y perfuma,
copo de nieve, gasa de espuma,
zarza encendida do el cielo está,
nube de oro vistosa y rauda,
fugaz cometa de inmensa cauda,
onda de gloria que viene y va.

Nébula vaga de que gotea,
como una perla de luz, la idea;
espiga herida por la segur,
brasa de incienso, vapor de plata,
fulgor de aurora que se dilata
de oriente a ocaso, de norte a sur.

Verdad, ternura, virtud, belleza,
sueño, entusiasmo, placer, tristeza;
lengua de fuego, vivaz crisol;

abismo de éter que el genio salva,
alondra humilde que canta al alba,
águila altiva que vuela al sol.

Humo que brota de la montaña,
nostalgia oscura, pasión extraña,
sed insaciable, tedio inmortal,
anhelo tierno e indefinible,
ansia infinita de lo imposible,
amor sublime de lo ideal.

Cleopatra

La vi tendida de espaldas
entre púrpura revuelta...
Estaba toda desnuda
aspirando humo de esencias
en largo tubo escarchado
de diamantes y de perlas.

Sobre la siniestra mano
apoyada la cabeza,
y cual el ojo de un tigre
un ópalo daba en ella
vislumbres de sangre y fuego
al oro de su ancha trenza.

Tenía un pie sobre el otro
y los dos como azucenas,
y cerca de los tobillos
argollas de finas piedras,
y en el vientre un denso triángulo
de rizada y rubia seda.

En un brazo se torcía
como cinta de centella
un áspid de filigrana

salpicado de turquesas,
con dos carbunclos por ojos
y un dardo de oro en la lengua.

Tibias estaban sus carnes
y sus altos pechos eran
cual blanca leche vertida
dentro de dos copas griegas,
convertida en alabastro,
sólida ya pero aún trémula.

¡Ah! hubiera yo dado entonces
todos mis lauros de Atenas
por entrar en esa alcoba
coronado de violetas,
dejando con los eunucos
mis coturnos a la puerta.

Deseos

Yo quisiera salvar esa distancia,
ese abismo fatal que nos divide
y embriagarme de amor con la fragancia
mística y pura que tu ser despide.

Yo quisiera ser uno de los lazos
con que decoras tus radiantes sienes,
yo quisiera en el cielo de tus brazos
beber la gloria que en los labios tienes.

¡Yo quisiera ser agua y que en mis olas,
que en mis olas vinieras a bañarte,
para poder, como lo sueño a solas,
a un mismo tiempo por doquier besarte!

¡Yo quisiera ser lino y en tu lecho,
allá en la sombra, con ardor cubrirte,
temblar con los temblores de tu pecho
y morir de placer al comprimirte!

¡Oh, yo quisiera mucho más! ¡Quisiera
llevarte en mí como la nube al fuego,
mas no como la nube en su carrera
para estallar y separarse luego!

¡Yo quisiera en mí mismo confundirte,
confundirte en mí mismo y entrañarte,
yo quisiera en perfume convertirte,
convertirte en perfume y aspirarte!

¡Aspirarte en un soplo como esencia
y unir a mis latidos tus latidos
y unir a mi existencia tu existencia
y unir a mis sentidos tus sentidos!

¡Aspirarte en un soplo del ambiente
y ver así sobre mi vida en calma
toda la llama de tu cuerpo ardiente
y todo el éter del azul de tu alma!

Ojos verdes

Ojos que nunca me veis
por recelo o por decoro,
ojos de esmeralda y oro
fuerza es que me contempléis;
quiero que me consoléis,
hermosos ojos que adoro:
estoy triste y os imploro
puesta en tierra la rodilla.
¡Piedad para el que se humilla,
ojos de esmeralda y oro!

Ojos en que reverbera
la estrella crepuscular,
ojos verdes como el mar,
como el mar por la ribera;
ojos de lumbre hechicera
que ignoráis lo que es llorar,
glorificad mi pesar.
¡No me desoléis así!
¡Tened compasión de mí,
ojos verdes como el mar!

Ojos cuyo amor anhelo
porque alegra cuanto alcanza,

ojos color de esperanza
con lejanías de cielo.
Ojos que al través del velo
radian bienaventuranza,
mi alma a vosotros se lanza
en alas de la embriaguez,
miradme una sola vez,
ojos color de esperanza.

Cese ya vuestro desvío,
ojos que me dais congojas,
ojos con aspecto de hojas
empapadas de rocío.
Húmedo esplendor del río
que por esquivo me enojas,
luz que la del sol sonrojas
y cuyos toques son besos,
derrámate en mí por esos
ojos con aspecto de hojas.

Mística

Si en tus jardines cuando yo muera,
cuando yo muera, brota una flor;
si en un celaje ves un lucero,
ves un lucero que nadie vio,
y llega un ave que te murmura,
que te murmura con dulce voz
abriendo el pico sobre tus labios,
lo que en un tiempo te dije yo:
aquel celaje y el ave aquella,
y aquel lucero y aquella flor
;serán mi vida que ha transformado,
que ha transformado la ley de Dios!

Serán mis fibras con otro aspecto,
ala y corola y ascua y vapor;
mis pensamientos transfigurados,
perfume y éter y arrullo y sol.
Soy un cadáver, ¿cuándo me entierran?
Soy un viajero, ¿cuándo me voy?
Soy una larva que se transforma.
¿Cuándo se cumple la ley de Dios
y soy entonces, mi blanca niña,
celaje y ave, lucero y flor?

Date Lilia

Clava en mí tu pupila centellante
en donde el toque de la luz impresa
brilla como una chispa de diamante
engastada en una húmeda turquesa.

Deja que ruede libre tu cabello
como la linfa que desborda el cauce,
para que caiga en torno de tu cuello
como el follaje alrededor del sauce;

para que flote, resplandor de aurora
sobre tu rostro que el sonrojo empaña
como esas tintas con que el sol colora
la nieve que circunda la montaña;

para que al soplo de mi aliento vuele
y tu ígneo labio, cuya esencia adoro,
ría a través cual la amapola suele,
roja y vivaz, en el trigal de oro.

¡Habla! Mas sólo de placer. Exhala
el arrullo nupcial de la paloma.
¡Fuera el temor! La rosa de Bengala
no tiene espinas, mas tampoco aroma.

Tu acento de sirena me embelesa,
tu palabra es miel hiblea derramada;
tu boca, que cerrada es una fresa,
se abre como se parte una granada.

Pero guardas silencio y te estremeces...
¿Por qué te aflige la mundana insidia?
Consuélate pensando que los jueces
que nos condenen, nos tendrán envidia.

¿No me oyes? ¿Cuál ha sido nuestra falta?
¿Es culpable la sed que apura el vaso?
¿Comete un crimen el raudal que salta
cuando halla un dique que le corta el paso?

¿Por qué triste y glacial como la muda
estatua del dolor bajas la vista
mientras tu mano anuda y desanuda
las puntas del pañuelo de batista?

¿Por qué esa gota en que expiró un reproche
corre por tu mejilla ruborosa
como un hilo de aljófar de la noche
por un tímido pétalo de rosa?

¿Por qué tu pecho en que el candor anida
tiembla con ansia cual batiendo el vuelo
palpita el ala de la garza herida
que pugna en vano por alzarse al cielo?

Vamos, ya está: que cese tu quebranto...
Alza tu bella cabecita rubia,
quiero ver tu sonrisa entre tu llanto
como un rayo de sol entre la lluvia.

La palma vuelve su cogollo espeso
a aspirar aire con gentil donaire
y ebria de amor en el festín del beso
estalla en flores, perfumando el aire.

Imita al árbol del desierto. Sacia
tu afán de dicha y que tu canto vibre.
¡Ave María, en plenitud de gracia,
joven hermosa, idolatrada y libre!

Sursum

A Justo Sierra

¡Cuán grata es la ilusión a cuyos lampos
tienen perenne vida los amores,
inmarcesible juventud los campos
y embriagadora eternidad las flores!
¡Cuán vívido es el iris que colora,
magia oriental, la suspirada orilla
y a cuyo hermoso resplandor de aurora
radia hasta el fango que después mancilla!
La verdad, si engrandece la conciencia,
devora el corazón nunca sumiso;
es el fruto del árbol de la ciencia
y siempre hace perder el paraíso.
Mas aunque el bardo mate la quimera
y desvíe y aparte de sus ojos
el prisma encantador, y por doquiera
mire sombras y vórtices y abrojos,
ha de cantar la redentora utopia,
como otra estatua de Memnón que suena
¡y ser, perdida la esperanza propia,
el paladín de la esperanza ajena!

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
en vano al ideal, se dobla al peso

de la roca de Sísifo, y expira
quemado por la túnica de Neso;
cuando al par tenebroso y centellante
imita a Barrabás y adora al Justo,
y pigmeo con ansias de gigante
se retuerce en el lecho de Procusto;
cuando gime en horribles convulsiones
para expiar sus criminales yerros,
mordido por sus ávidas pasiones
como Acteón por sus voraces perros;
cuando sujeto a su fatal cadena
arrastra sus desdichas por los lodos,
y cada cual en su egoísta pena
vuelve la espalda a la aflicción de todos;
¡el vate, con palabras de consuelo,
debe elevar su acento soberano
y consagrar, con la canción del cielo,
no su dolor sino el dolor humano!

Sacro blandón que en la capilla austera
arde sin tregua como ofrenda clara
y consume su pábilo y su cera
por disipar la lobreguez del ara;
vaso glorioso en donde Dios resume
cuanto es amor, y que para alto ejemplo
gasta y pierde su llama y su perfume
por incensar en derredor el templo;
sublime Don Quijote que ambiciona

caer al fin entre el fragor del rayo,
torcida y despuntada la tizona
y abierto y rojo por delante el sayo;
ave fénix que en fúlgidas empresas
aviva el fuego de su hoguera dura
y muere convirtiéndose en pavesas
de que renace victoriosa y pura...
¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
Cantar a Filis por su dulce nombre
cuando grita el clarín: ¡despierta, hierro!
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

Mientras la musa de oropel y armiño
execra el polvo por amar la nube
y hace sus plumas con la fe de un niño
y hacia un azul imaginario sube;
mientras Ofelia, con el pecho herido
por Hamlet y sus trágicos empeños,
marcha a las ondas del eterno olvido
cogiendo flores y cantando sueños;
el numen varonil entra en la arena,
prefiriendo al delirio y al celaje
la ciudad con sus ruidos de colmena
y el pueblo con sus furias de oleaje,
y contempla la tierra purpurada,
y toma y alza, con piedad sencilla,
un montón de esa arcilla ensangrentada...
Y ese montón de ensangrentada arcilla

adquiere vida entre su mano estoica,
vida inmortal y fulgurantes alas,
y en él respira una belleza heroica,
como en la estatua de la antigua Palas.

Guardar silencio y poseer la trompa,
la recia trompa a cuya voz no exigua
vendría a tierra con su estéril pompa
el muro hostil de la ciudad antigua;
ser un Aquiles que a la lid prefiera
recordar a Briseida en el retiro,
aunque Patroclo batallando muera...
¡Eso es mentir a Dios! Pero ¡qué miro!
Cual la crin de un raudal que de alto arranca
tus cabellos se agitan, oh Maestro.
¿Por qué sacudes la cabeza blanca
cual si quisieras arrojar el estro?
¿Por qué no te alzas a la faz de Harmodio
y no repeles, cuando Atenas grita,
esa montaña de calumnia y odio
que sobre tu hombro de titán gravita?
¡Tu Etna será para tu fuerza flojo,
confía en ti y a tu misión no faltes,
que al hado cruel que lapidó tu arrojo
irá el volcán cuando debajo saltes!

¡Rompe en un himno que parezca un trueno!
El mal impera de la choza al solio,

todo es dolor o iniquidad o cieno:
pueblo, tropa, senado y capitolio.
¡Canta la historia al porvenir que asoma
como Suetonio y Tácito la escriben!
¡Cántala así, mientras en esta Roma
Tiberios reinen y Seyanos priven!
Abre la puerta al entusiasmo ausente,
mueve de un grito al desusado gonce
y como a chorros de fusión ardiente
vierte en los mimbres el vigor del bronce.
Derrama el verbo cuyos soplos crean
la fe que anima y el valor que salva,
y que a tu acento nuestras almas sean
como tinieblas que atraviesa el alba.
Para el poeta de divina lengua
nada es estéril, ni la misma escoria.
¡Si cuanto bulle en derredor es mengua,
sobre la mengua esparcirás la gloria!

A Gloria

No intentes convencerme de torpeza
con los delirios de tu mente loca:
mi razón es al par luz y firmeza,
firmeza y luz como el cristal de roca.

Semejante al nocturno peregrino
mi esperanza inmortal no mira el suelo,
no viendo más que sombra en el camino,
sólo contempla el esplendor del cielo.

Vanas son las imágenes que entraña
tu espíritu infantil, santuario oscuro.
Tu numen, como el oro en la montaña,
es virginal y por lo mismo impuro.

A través de este vórtice que crispa,
y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,
oruga enamorada de una chispa
o águila seducida por un astro.

Inútil es que con tenaz murmullo
exageres el lance en que me enredo:
yo soy altivo, y el que alienta orgullo
lleva un broquel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja
desprecio los peligros que señalas:
“el ave canta aunque la rama cruja
como que sabe lo que son sus alas”.

Erguido bajo el golpe en la porfía
me siento superior a la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
quitarme el triunfo pero no la gloria.

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia aunque me abrume!
La flor en que se posan los insectos
es rica de matiz y de perfume.

El mal es el teatro en cuyo foro
la virtud, esa trágica, descuella:
es la sibila de palabra de oro,
la sombra que hace resaltar la estrella.

Alumbrar es arder. Estro encendido
será el fuego voraz que me consuma.
La perla brota del molusco herido
y Venus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy ufano
han de salir de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan... ¡Mi plumaje es de éstos!

Fuerza es que sufra mi pasión. La palma
crece en la orilla que el oleaje azota.
El mérito es el náufrago del alma:
vivo se hunde, pero muerto, flota.

Depón el ceño y que tu voz me arrulle.
Consuela el corazón del que te ama.
Dios dijo al agua del torrente: ¡bulle!
y al lirio de la margen: ¡embalsama!

¡Confórmate, mujer! Hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú como la paloma para el nido,
y yo, como el león, para el combate.

A M...

¿Detenerme? ¿Cejar? Vana congoja.
La cabeza no manda al corazón.
Prohíbe al aquilón que alce la hoja,
no a la hoja que ceda al aquilón.

Cuando el torrente por los campos halla
de pronto un dique que le dice: ¡atrás!
podrá saltar o desquiciar la valla
pero pararse o recular... ¡jamás!

¿Por qué te adoro y a tus pies me arrastro?
¿Por qué se obstinan en volverse así
la aguja al norte, el heliotropo al astro,
la llama al cielo y mi esperanza a ti?

Voces interiores

A Fernando Duret

Bruto partiendo el corazón de César,
Espartaco asolando a la Campania,
Tell rechazando con el pie el esquife,
Cromwell ante el suplicio de un monarca,
Mirabeau en el Tabor de las naciones,
Bolívar con tres pueblos a la espalda,
Hidalgo predicando el exterminio
y Grant blandiendo su invencible espada,
fueron volcanes que estallaron, fueron
llagas contra cilicios sublevadas,
¡fueron rayos forjados en las nubes
formadas lentamente por las lágrimas
que, convertidas en vapor, habían
subido al cielo a demandar venganza!

De tierras que han sufrido convulsiones
de cráteres y vómitos de lavas
surgieron siempre a deleitar los ojos
las flores de hermosura más gallarda.
Sobre odios y desastres y congojas,
sobre estragos y cóleras y ansias,
sobre aras y temblores y tinieblas,

Dios puso el ideal y la esperanza.
El Nilo desbordado y tormentoso
inunda con violencia la comarca
y es invasión de fangos por doquiera;
¡pero en esas arenas calcinadas
esa invasión de fangos es la vida,
y esa invasión de fangos es sagrada!

Oh rayos que os forjáis entre las nubes
formadas lentamente por las lágrimas
¿cuándo fulminaréis a los sayones
que oprimen y envilecen el Anáhuac?
Oh, Nilo, desbordado y tormentoso
que inundas con violencia la comarca
¿qué primavera enflorará el desierto
cuando retires tus impuras aguas?
¿Qué incubación de próceres palpita
entre tanta abyección y tanta infamia?
¿Qué paladines purgarán la tierra
en donde sólo en los escudos de armas
hay águilas que triunfan de serpientes
y no serpientes que estrangulen águilas?

¡Silencio! ¿Quién responde a mis acentos?
¿Es la voz de los muertos por la patria?
No: la voz de los muertos fuera triste
y no causara sensación tan grata.
Oigo un coro celeste cuyos tonos

ensordece y confunde la distancia,
y me parece cual canción de alondra
que anuncia el claro amanecer del alba.
Ese dulce murmullo que me alegra,
ese vago rumor que me entusiasma
brota quizá de los fecundos senos
de las mujeres que a lo lejos pasan...
¡Cada una lleva un nimbo en la cabeza
y acaso un redentor en las entrañas!

¡Oh hermano de adopción, que eres mi orgullo!
Tú, cuya vida sin doblez ni tacha
puede ostentar la cohesión suprema
de los diamantes de esplendor sin mancha;
tú, que firme y erguido en la tribuna,
como el peñón en donde el faro radia
sabes cumplir con tu deber de antorcha
sobre este mar en que el honor naufraga;
¡tú, que has ungido tu conciencia indúctil
con la lustral e imperceptible grasa
que revelan las plumas de los cisnes
cuando del cieno de la inmunda charca,
cuando de la onda corrompida y turbia
emergen secas y resultan blancas!

¡Tú, que sin arte ni dolor prefieres
al vil favor la inmerecida saña,
al oro espurio la miseria altiva

y al vicio enhiesto la virtud hollada!
Si no es una ilusión de mis deseos
este concierto que a mi oído canta;
si entre los claustros maternos bulle
el porvenir que nuestro afán aguarda
¡dichosos si vivimos para entonces!
Ambos iremos a la lucha santa
y unidos moriremos combatiendo
cual los saldunas de la antigua Galia.
¡De la honda de David saldremos juntos,
yo que soy guija y tú que eres montaña!

Asonancias

Sé de un reptil que persigue
la sombra rauda y aérea
que un ave del paraíso
proyecta sobre la tierra
desde el azul en que flota,
iris vivo de orlas negras.

Conozco un voraz gusano
que, perdido en una ciénaga,
acecha una mariposa
que, flor matizada y suelta,
ostenta en un aire de oro
dos pétalos que aletean.

¡Odio que la oscura escama
profesa a la pluma espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!

¡Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!

Estancias

Bienaventurados los que lloran.

¡Oh, los infortunados de la vida
son felices aún! El sufrimiento
es la palpitación del ala herida,
el ansia de la fuerza comprimida,
la más alta expresión del sentimiento.

El fuego del dolor es cual la llama
del vaso en que la mirra se consume:
purifica y eleva y embalsama,
trueca el acíbar áspero que inflama
en delicado y celestial perfume.

El pesar es poeta y es creyente,
las lágrimas son gotas de rocío,
la tristeza es el nimbo de la frente,
es el vuelo del ángel esplendente
por encima del féretro sombrío.

La pena es el calvario milagroso,
la prueba y la virtud de la grandeza,
el buitre inseparable del coloso,
el piélago salobre y espumoso
de donde surge la inmortal belleza.

Padecer es gozar de una ventura,
seguir la inabordable lontananza,
la fe perdida o la ilusión futura...
La dicha, que se ignora mientras dura,
no es más que la memoria o la esperanza.

La desgracia es la madre macilenta
de los hombres sublimes de la historia,
el genio es una nube de tormenta:
destroza el corazón en que revienta
mas deja un frío póstumo, la gloria.

¿Por qué insultas los fúnebres despojos
de tus extintas horas apacibles
y con un rayo irónico en los ojos
dices que los recuerdos son abrojos
y las aspiraciones imposibles?

¡Venera tu aflicción, alma sencilla!
¡Consagra el ataúd de tus amores!
¡Los muertos radian cuando el cirio brilla,
cuando el duelo enlutado se arrodilla
ante la huesa para echarles flores!

Bendice la inquietud de tu destino.
Reverencia el pañal como el sudario.
Tu afán es el augusto peregrino

y al fin de las fatigas del camino
resplandecen las puertas del santuario.

¡No te arredres, oruga, por la fosa
en que hoy como un cadáver te despeñas;
no te aterres mañana, mariposa,
porque toques la espina de la rosa,
porque te quemes en la luz que sueñas!

A Byron

Eras a un tiempo el ángel y el vestigio,
el astro y el espectro en el cometa;
todo un siglo hecho hombre, todo un siglo
de befa y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo,
y bello y tentador y altivo y fiero
fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo a Edipo
pasmaste con enigmas la fe ciega,
te pusiste la máscara de un tipo
como el actor en la tragedia griega.

Del fango impuro a tu soberbia frente
subió un vapor que oscureció tu juicio,
te dejaste arrastrar por la corriente
y diste pompa y esplendor al vicio.

¡Y tu numen fue entonces un mal hado,
nutrido y lleno de impiedad sangrienta,
para cada fanal tuvo un nublado
y para cada vela una tormenta!

Llegaste a las supremas ironías
como cediendo a impulsos espontáneos:
profanabas la tumba en tus orgías
bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
el grito aterrador, el grito mismo
que los bajeles de Tiberio oyeron
bajo una tempestad, sobre el abismo.

Sombra y desolación era la suerte:
vino tu genio, codiciaba palmas,
y fue el corcel en que montó la muerte
en ese apocalipsis de las almas.

¡Trágico, taciturno, sobrehumano,
entre tanta ceniza y tanto escombro
pasaste con tu cítara en la mano
como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual una nube de borrasca y guerra,
y en medio de una convulsión caíste:
pisaste ortigas al tocar la tierra
y la cruzaste claudicado y triste.

Afán de emigración, jamás extinto,
te arrojó sin cesar sobre las naves:
errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían y mostrabas
vivo placer a las riberas solas,
cuando –soberbio nadador– rasgabas
desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas el cielo a que tendías,
y audaz y atronador y hecho montaña,
te alzabas hasta él y lo escupías.

¡No envidiabas al piélagos sus dones:
tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco? ¡Tal vez, pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista ni vidente,
ni paladín, ni redentor... ¡ni nada!

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!
¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
¡Eras Manfredo en el Jung-Frau: querías
caer, pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte a la natal ribera?
¿Por qué robarte a Missolonghi? ¿Acaso

fue nunca tierra para ti extranjera
la tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
tu ilustre polvo con su arena recia;
Grecia guardó tu aparición sublime,
tu verdadero monumento es Grecia.

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto
mientras palpita el corazón de un hombre.
Descansa en paz. ¡Las ondas de Lepanto
eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
dispare un dardo a tu azarosa vida,
la heroica sombra de tu muerte augusta
interpondrá su redentora egida.

La nube

¿Qué te acongoja mientras que sube
del horizonte del mar la nube,
negro capuz?

¡Tendrán por ella frescura el cielo,
pureza el aire, verdor el suelo,
matiz la luz!

No tiembles. Deja que el viento amague
y el trueno asorde y el rayo estrague
campo y ciudad.

Tales rigores no han de ser vanos...
¡Los pueblos hacen con rojas manos
la Libertad!

Napoleón

Surge ante la opresión y el desenfreno
para ser a la par ímpetu y valla.
Acomete, fulmina y avasalla...
Es un coloso de diamante y cieno.

Lleva el fuego de Dios dentro del seno
cual prenda de victoria, a la batalla,
y semejante al nubarrón que estalla
vierte la luz con el fragor del trueno.

Sirve a la libertad con la conquista;
a la Revolución, de que es hechura,
quiere cavar sepulcro y abre pista.

Cumple su alta misión por fuerza oscura,
y entonces... ¡de la mano del artista
cae el cincel al pie de la escultura!

A Margarita

¡Qué radiosa es tu faz blanca y tranquila
bajo el dosel de tu melena blonda!
¡Qué abismo tan profundo tu pupila,
pérfida y azulada como la onda!

El fulgor soñoliento que destella
en tus ojos donde hay siempre un reproche
viene cual la mirada de la estrella
de un cielo ennegrecido por la noche.

Tu rojo labio en que la abeja sacia
su sed de miel, de aroma y embeleso,
ha sido modelado por la gracia
más para la oración que para el beso.

Tu voz que ora es aguda y ora grave,
llena de gratitud suena en mi oído
como el saludo arrullador del ave
al sol naciente que despierta el nido.

La palabra mordaz y libertina,
en tu boca que el ósculo consume,
es una flor de punzadora espina
pero que tiene mágico perfume.

Tu discurso es amargo, licencioso
y repugnante, pero –¡extraño ejemplo!–
tu acento es dulce, arrullador y suave
como el canto del órgano en el templo.

Y tu voz a cuyo eco me emociono
lastima al mismo tiempo que recrea,
es el canto de un ángel por el tono
y el habla de un demonio por la idea.

Tu mano esconde un cetro: el albo lirio,
y fue tallada con primor no escaso
más para la limosna y para el cirio
que para la caricia y para el vaso.

Tu cuerpo... ¡que a menudo la locura
rasgó ante mí tus hábitos discretos,
y tu estatuaria y lúbrica hermosura
me reveló sus íntimos secretos!

¡Cuántas veces a la hora del tocado
penetré hasta tu estancia encantadora!
Y en un tibio misterio plateado
por una claridad como de aurora,

te hallé al salir del agua derramando
un rocío de líquidos cambiantes:
escultura de nieve comenzando
a deshelarse y a verter diamantes.

Y vi a la sierva que te adorna y peina
ajustar con destreza cuidadosa
tu magnífica túnica de reina
a tu soberbia desnudez de diosa.

¿Qué miseria, qué afán o qué flaqueza
te arrojó del edén, Eva proscrita?
¿Qué Fausto asió tu virginal belleza
y la acostó en el fango, Margarita?

Inexplicable suerte, buena o mala,
la que a ti me llevó y a mí te trajo,
nuestro insensato amor es una escala
y por ella tú asciendes y yo bajo.

Oculto y sola mi pasión huraña
crece en mi corazón herido y yerto,
oculta como el cáncer en la entraña,
sola como la palma en el desierto.

A mis versos

Insensibles a fiestas y grimas
y con alas de luz de centellas,
pero esquivos a cautas doncellas,
difundíos por gentes y climas.

No sois gemas inmunes a limas
y con lampos de fijas estrellas,
sino chispas de golpes y mellas
y ardéis lascas de piedras de simas.

Pero hay siempre valer en las rimas.
¿Por qué duran refranes? Por ellas,
y no suelen llevarlas opimas.

Id, las mías, deformes o bellas:
inspirad repugnancias o estimas,
pero no sin dejar hondas huellas.

Excélsior

Conservo de la injuria,
no la ignominia, pero sí la marca.
¡Sentime sin honor, cegué de furia
y recogilo de sangrienta charca!

Y hórrido amago suena...
¡Así la racha en el desierto zumba
cuando en crecientes vórtices de arena
corre a ceñir al árabe la tumba!

¡Infames! Os agravia
que un alma superior aliente y vibre,
y en vuestro miedo, trastocado en rabia,
vejáis cautivo al que adularais libre.

Cruel fortuna dispensa
favor al odio de que hacéis alardes.
Estoy preso, caído, sin defensa...
¡Podéis herir y escarnecer, cobardes!

Al mal dolos procuren
fuerza y laurel que la razón no alcanza.
¡Aún sé cantar y en versos que perduren
publicaré a los siglos mi venganza!

Sobre la impura huella
del fraude, la verdad austera y sola
brilla como el silencio de una estrella
por encima del ruido de una ola.

Música fúnebre

Mi corazón percibe, sueña y presume.
Y como envuelta en oro tejido en gasa
la tristeza de Verdi suspira y pasa
en la cadencia fina como un perfume.

Y frío de alta zona hiela y entume,
y luz de sol poniente colora y rasa,
y fe de gloria empírea pugna y fracasa
como en ensayos torpes un ala implume.

El sublime concierto llena la casa,
y en medio de la sorda y estulta masa,
mi corazón percibe, sueña y presume.

Y como envuelta en oro tejido en gasa
la tristeza de Verdi suspira y pasa
en la cadencia fina como un perfume.

Ecce Homo

Sé que la humana fibra
a la emoción se libra
pero que menos vibra
al goce que al dolor.
Y en arte no me ofusco
y para el himno busco
la estética del brusco
estímulo mayor.

Mas no en aleve audacia
demandando a la falacia
la intensa y cruda gracia
como un juglar sutil.
A la verdad ajusto
el calculado gusto
bajo el pincel adusto
y el trágico buril.

Y el daño es tema propio
a mí, que bebo en opio
el sueño y hago acopio
de lágrimas de hiel.
Estudio y peso y mido,
y al rudo esfuerzo pido

un bálsamo de olvido
y un ramo de laurel.

Fatiga y pena ignotas
soltaron acres gotas
que son espumas rotas
al pie del bogador.
¡Sondad en mi lirismo
como en el ponto mismo
un vasto y fiero abismo
de llanto y de sudor!

¡Oh fe y piedad radiosas
que al polvo de las fosas
ponéis alas hermosas
con que poder volar!
¡Oh dulces manos bellas
que al son de las querellas
venís de las estrellas
a ungir y a acariciar!

Ni el santo influjo vuestro
suaviza mi siniestro
destino, donde un estro
enrosca y alza luz.
Y a empuje por caída
avanzo más la vida,

maltrecha y abatida
como arrastrada cruz.

Mi gloria está en la nube
que por el cielo sube
llevando, no un querube
sino una tempestad,
¡y en el fulgor que anima
la yerma y blanca cima,
la cumbre que sublima
tristeza y soledad!

Vigilia y sueño

La moza lucha con el mancebo
–su prometido y hermoso efebo–
y vence a costa de un traje nuevo.

Y huye sin mancha ni deterioro
en la pureza y en el decoro,
y es un gran lirio de nieve y oro.

Y entre la sombra solemne y bruna
yerra en el mate jardín, cual una
visión compuesta de aroma y luna.

Y gana el cuarto, y ante un espejo,
y con orgullo de amargo dejo
cambia sonrisas con un reflejo.

Y echa cerrojos, y se desnuda
y al catre asciende blanca y velluda,
y aun desvestida se quema y suda.

Y a mal pabilo tras corto ruego,
sopla y apaga la flor de fuego,
y a la negrura pide sosiego.

Y duerme a poco. Y en un espanto
y en una lumbre y en un encanto
forja un suceso digno de un canto.

¡Sueña que yace sujeta y sola
en un celaje que se arrebola,
y que un querube llega y la viola!

La oración del preso

¡Señor, tenme piedad, aunque a ti clame
sin fe! Perdona que te niegue o riña
y al ara tienda con bochorno infame.

Vuelvo al antiguo altar. No en vano ciña
guirnaldas a un león y desparrame
riego que pueda prosperar tu viña.

Líbrame por merced, como te plugo
a Bautista y Apóstol en Judea,
ya que no me suicido ni me fugo.

Inclínate al cautivo que flaquea,
y salvo, como Juan por el verdugo,
o como Pedro por el ángel, sea.

Habito un orco infecto y en el manto
resultado cebo a chinche y piojo,
y afuera el odio me calumnia en tanto.

¿Qué mal obré para tamaño enojo?
¡El honor del poeta es nimbo santo
y la sangre de un vil es fango rojo!

Mi pobre padre cultivó el desierto.
¡Era un hombre de bien, un sabio artista
y de vergüenza y de pesar ha muerto!

¡Oh mis querubes! Con turbada vista
columbro ahora el celestial e incierto
grupo que aguarda, y a quien todo atrista.

¡Y oigo un sordo piar de nido en rama,
un bullir de polluelos ante azores,
y el soplado tizón encumbra llama!

¡Dios de Israel, acude a mis amores,
y rían a manera de la grama
que hasta batida por los pies da flores!

El fantasma

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos –que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos –que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello,
y como crin de sol barba y cabello,
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz, la veste zarca...
Así, del mal sobre la inmensa charca
Jesús vino a mi unción como a la barca.

Y abrigó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra,
y un relámpago enciende mi alma negra.

Nox

No hay almíbar ni aroma
como tu charla...
¿Qué pastilla olorosa
y azucarada
disolverá en tu boca
su miel y su ámbar
cuando conmigo a solas
¡oh virgen! hablas?

La fiesta de tu boda
será mañana.

A la nocturna gloria
vuelves la cara,
linda más que las rosas
de la ventana,
y tu guedeja blonda
vuela en el aura
y por azar me toca
la faz turbada...
La fiesta de tu boda
será mañana.
Un cometa en la sombra
prende una cábala.

Es emblema que llora,
signo que canta.
¡El astro tiene forma
de punto y raya,
representa una nota,
pinta una lágrima!

La fiesta de tu boda
será mañana.

En invisible tropa
las grullas pasan
batiendo en alta zona
potentes alas,
y lúgubres y roncadas
gritan y espantan...
¡Parece que deploran
una desgracia!

La fiesta de tu boda
será mañana.

Nubecilla que flota,
que asciende o baja,
languidecida y floja,
solemne y blanca
muestra señal simbólica
de doble traza:

finge un velo de novia
y una mortaja.

La fiesta de tu boda
será mañana.

Junto al cendal que toma
figura mágica,
Escorpión interroga
mientras que su alfa
es carmesí que brota,
nuncio que sangra...
¡Y Amor y Duelo aprontan
distintas armas!

La fiesta de tu boda
será mañana.

¡Ah! Si la Tierra sórdida
que por las vastas
oquedades enrolla
su curva esclava
diese fin a sus rondas
y resultara
desvanecida en borlas
de tenue gasa...

La fiesta de tu boda
será mañana.

El mar con débil ola
tiembla en la playa
y no inunda ni ahoga
pueblos ni nada.
Del fuego de Sodoma
no miro brasa
y la centella es rota
flecha en aljaba.

La fiesta de tu boda
será mañana.

¡Oh, Tirsa! Ya es la hora.
Valor me falta
y en un trino de alondra
me dejo el alma.
Un comienzo de aurora
tiende su nácar
y Lucifer asoma
su perla pálida.

Engarce

El misterio nocturno era divino.
Eudora estaba como nunca bella
y tenía en los ojos la centella,
la luz de un gozo conquistado al vino.

De alto balcón apostrofome a tino
y rostro al cielo departí con ella
tierno y audaz, como con una estrella...
¡Oh qué timbre de voz trémulo y fino!

¡Y aquel fruto vedado e indiscreto
se puso el manto, se quitó el decoro
y fue conmigo a responder a un reto!

¡Aventura feliz! La rememoro
con inútil afán, y en un soneto
monto un suspiro como perla en oro.

A ti

Portas al cuello la gentil nobleza
del heráldico lirio y en la mano
el puro corte del cincel pagano,
y en los ojos abismos de belleza.

Hay en tus rasgos acritud y alteza,
orgullo encrudecido en un arcano,
y resulto en mi prez un vil gusano
que a un astro empina la bestial cabeza.

Quiero pugnar con el amor, y en vano
mi voluntad se agita y endereza
como la grama tras el pie tirano.

Humillas mi elación y mi fiereza,
y resulto en mi prez un vil gusano
que a un astro empina la bestial cabeza.

A Ella

Semejas esculpida en el más fino
hielo de cumbre sonrojado al beso
del sol, y tienes ánimo travieso
y eres embriagadora como el vino.

Y mientes, no imitaste al peregrino
que cruza un monte de penoso acceso
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso
correspondiste con la trampa el trino
por ver mi pluma y torturarme preso.

No así el viandante que se vuelve a un pino
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

A Tirsa

¡Ah! ¿Qué mucho que al sol que subía
se pluguiera en divino esplendor
alma en quieto remanso la mía,
por abril entre ramos en flor?

No cayera por brusca pendiente
y sería, como antes quizá,
linfa pura y festiva el torrente
que frenético y turbido va.

Envidiosos me culpan con saña
y me niegan al par honra y fe...
¡Estupenda y horrible patraña
triunfa, puesto en mi cólera el pie!

Y un consuelo has escrito a mis penas,
y la tinta consagra el favor,
si es carmín que ha corrido en tus venas
y por mí no ha pintado un rubor.

¡Con qué brotes la planta retoña!
La fortuna es infausta y no cruel
pues que al mísero escancia ponzoña
y unge al vaso en el borde una miel.

Un misterio me asombra e infatua:
la ternura de un buen corazón
y que un viento derribe la estatua
y no logre apagar el blandón.

¿Esperanzas? La suerte me abruma.
El oleaje deshizo el bajel
y a la orilla del ponto la espuma
sólo arroja marchito laurel.

Trovo aún por venganza en la escoria.
A rivales mi prez causó mal
y en mi afrenta redoro mi gloria
y en la herida reclavo el puñal.

Sueño y rimo. La noche adelanta.
Su prestigio parece de ti.
A lo lejos un pájaro canta
y, ay, me dice que lloras por mí.

Una estrella fugaz viene al suelo
deshilando en la sombra un fulgor.
Una lágrima rueda en el cielo...
¡Es del ángel que acude al dolor!

Dea

Recio y amplio edificio que no brilla
por la elegancia y el primor del arte.
Fue convento y capilla
y es hospital. Elévase a la orilla
del mar, hacia la parte
de oriente, por la cual hay un baluarte,
de dos que duran a evocar memoria
de antiguos tiempos de tumulto y gloria.

Junto a ríspida rampa de granito,
roña de ruinas y despojos muerde
restos de la muralla de circuito
que son postrer vestigio que se pierde,
y entre la playa bruna y el amparo
de los pacientes míseros, un claro
borda en rústico alarde alfombra verde.

Al norte, recta y espaciosa vía
que a un lado y otro del arroyo cría
y a despecho del régimen propaga
mantos de zacatillo y verdolaga,
y que a un extremo y a cerrar el fondo
tiene un médano gris, enhiesto y mondo.

Al sur y herboso como inculto predio,
un parquecillo ruin en cuyo medio
un zócalo mezquino espera en vano,
con una obstinación que infunde tedio,
la estatua de un gran hombre mexicano.

He ahí mi asilo y el contorno. Cruda
flegmasía me trajo de mazmorra
a celda en que perezco de modorra
y que, quizá por imitarme, suda.
Compasivo guardián me imparte ayuda
y cuando halla ocasión me da permiso
de visitar un rato el paraíso.
Y a frescos y desnudos corredores
que rodean en cuadro un patiezuelo,
salgo a ver sonreír frondas y flores
y a mostrar a la fe de mis dolores
un pedacito del azul del cielo.
Y de gracia mi espíritu se viste
y entonces me pregunto si la suerte
hará otra miel como la paz del fuerte
y otro esplendor como el placer del triste.

Holgábame una vez en tal encanto
y una moza, con rostro de delirio,
pasó, blanca y derecha como un cirio,
lirica y turbadora como un canto,
odorífera y prócer como un lirio.

Parecía ilusión de la mirada.
Iba con paso cadencioso y lento,
y alba ropa de lino almidonada,
y un susurro de brisa en enramada,
y cual fuego la crin volando al viento.
Era de tarde por abril que adoro,
y en un silencio perturbado apenas,
y efluvios de azahares y azucenas
desleían al sol ámbar en oro.

Quedeme absorto y lúgubre. Sufría
présaga desazón. ¡Oh imagen pía!
Ancha y tersa la frente sin pecado,
helénica nariz, boca de fresa,
zarco el ojo de antílope asustado,
elación y decoro de princesa
y un secreto de angustia en un nublado:
¡así te llevo en el sensorio impresa!
Costumbre de inquirir, sabia y notoria,
a la que rindo y pagaré tributo,
moviome a interrogar. Y oí una historia.
¿A quién? A un servidor del instituto,
a un cubano feraz en viles tretas,
a un practicante crapuloso y pigre,
a un mancebo de sórdidas chancletas,
facha de orangután, gesto de tigre.
Pero atended. Su relación incluye
un imán de rumor de agua que fluye.

“La doncella gentil se llama Dea.
Su padre, Juan Falot, vino de zuavo
y aquí, como en Italia y en Crimea,
ganó prez en las lides como bravo.
Herido y preso en Camarón, no pudo
seguir camino a Francia el regimiento;
y ya en salud y en libertad a rudo
trabajo demandó noble sustento.
Cansado de labrar y con su ahorro
adquiriose un tenducho y un ventorro.
Y casó con la reina del poblacho,
una mujer de singular trapío,
modesta y cauta sin ficción ni empacho
y enemiga mortal de todo lío.
Y los meses corrieron, y la esposa
engordaba, soñando con querubes;
y una chica nació sana y hermosa
con un cutis de pétalos de rosa
y un olor como de astros y de nubes.

“¡Qué suplicio el del parto! ¡Cuál estreno!
¡Fruto de humano amor cumple lo escrito:
no se desgaja sin romper un seno
y no respira sin lanzar un grito!
Fausto auroral surgió del horizonte
y a la sangrienta luz que despuntaba,
y en el aroma del cercano monte,
y en las perlas de un trino de sinsonte

¡ay! la madre infeliz agonizaba.
Por hemorragia sucumbió al puerperio.
El cadáver cayó bajo el imperio
de la química, numen de las cosas,
y es en el más humilde cementerio
polvo siempre fecundo en tuberosas.
Pero alma de valer, limpia y cristiana,
yergue aliento que nunca se consume
y aquélla se fue a Dios como un perfume,
disuelta en el carmín de la mañana.

“El pobre viudo encaneció en un día.
¡Cuán tierno y delicado a la pequeña
el que antes, por su indúctil ardentía,
resultaba feroz bajo la enseña!
Arrapiezco el ‘bebé’, y en la dulzura
del mimo y al alcance de la mano,
campó sin probar gota de amargura.
¡Frágil y bullidor, lindo y ufano
colibrí del vergel de la ventura!
Su aspecto de pictórico angelito,
su inventiva, su charla, su despejo,
aliviaban con bálsamo exquisito
el ulcerado corazón del viejo.

“¡Precoz muchacha! Con presteza suma
se adiestraba en su hogar según crecía,
y llegó con el medro de la espuma

a la nubil y sacra lozanía.
Y en gusto y dignidad honró penates,
y en cuidar su conducta puso esmero,
y escuchando episodios de combates
retempló su virtud como un acero.
Jamás anduvo en triscas de festines
y sola con sus caras aficiones
vivió en intimidad con sus jazmines
y hablábase de tú con sus gorriones.
Su pensamiento, si salvaba el muro,
era de fijo en el espacio, allende,
como el soplo sutil, cimero y puro
que por alto pinar vibra y trasciende.”

Al estro el narrador detuvo el giro
y luego continuó, tras un suspiro.

“Al destino la dicha es una injuria
y el oasis un tósigo al desierto.
El anciano ‘enfermó’ de albuminuria
y con la virgen trasladose al puerto.
Arriba está. Malísimo, por cierto,
y de congoja convertido en furia.
La bella y santa joven –que reside
no lejos, en unión de unas beatas–
acude con frecuencia y lo decide
a someterse a pócimas y natas.
Y bebe horrible hiel en vasta copa

y con firme palabra y sin misterio,
dice que pronto marcharase a Europa
a gemir su orfandad a un monasterio.
Musca jerga y nevada muselina
ofrecen a la mártir hechicera
disfraz de prodigiosa golondrina,
palma en inmarcesible primavera”.

Avernus*

Él es un recio astur que se reputa
claro y puro y tenaz como un diamante,
y ella una montañesa –diminuta
como todo primor– suelta y picante.

Y en una quiebra convertida en huerto,
habitan, por azares, un casucho,
con un mozo andaluz, guapo, despierto
y en corromper a las labriegas ducho.

.....

* En un periódico, cuyo título no recuerdo, leí, en la “sección de variedades”, una prosa anónima, una relación primorosamente lúgubre. –Un hombre joven, hermoso, noble y rico, habitaba en Italia un campestre palacete, en unión de su esposa, á quien adoraba, y del a cual creía ser muy querido. La mujer era bellísima; pero pérfida como la onda. Un terremoto sacudió la comarca, y echó abajo la opulenta mansión rústica. El marido estaba ausente. A su vuelta, dio con las ruinas de su casa y de su felicidad; –y, haciendo enormes esfuerzos, sacó de los escombros... dos cadáveres desnudos y enlazados: el de la cónyuge y el de un amante desconocido. Y perdió la razón–.

Mi “Avernus” procede de ahí. Tomé el fondo de la narración, puse otras circunstancias, y jugué con la idea de la inmortalidad del alma.

El marido es feliz. Tiene por norte
el propio ensueño en la fortuna extraña:
conservar el amor de la consorte,
y con él y un caudal volver a España.

¡Oh ilusión, rica y tenue como un halo!
Eres gracia y piedad y no ironía.
¡El dios propicio, que sucumbe al malo,
te insufla, porque brega todavía!

¡Espantoso el temblor que de improvviso
cambia el curso a las linfas y despeña
la roca y el alud, y agrieta el piso,
y torna el pobre hogar montón de leña!
El campesino acude y en acento
que al mismo pedernal abriera estría,
arroja como un dardo al firmamento
un nombre de mujer, el de María.

¡Luto y desolación! ¡Ruina y tortura!
El mísero patán busca y remueve,
y tras larga faena se figura
que percibe un albor como de nieve.

Escombra con afán y se aproxima...
¡Y ve dos cuerpos cual de mate yeso,
desnudos, enlazados, uno encima
del otro, muertos en la flor del beso!

El poniente descoge su escarlata,
y como signos de crudeza y lloro
Selene muestra su segur de plata
y Véspero su lágrima de oro.

¡Desdichado Ginés! Odia la vida,
y arma la diestra con agudo acero...
¿En dónde los despojos del suicida?
En sepulcro sin cruz y sin letrero.

En fosa que la grama disimula
al pie de un árbol que resulta emblema,

pues parece un dolor que gesticula
en una contorsión brusca y suprema.

Del zafio, cuya forma ya no existe,
el espíritu aún es, y con sus celos,
igualmente inexhaustos, vaga triste
y colérico y solo por los cielos.

Y con voz de retumbo de caverna
lanza en la sombra pavoroso grito:
“¡Maldición para el alma, por eterna,
ay, porque su tormento es infinito!”

Paquito

Cubierto de jiras,
al ábrego hirsutas
al par que las mechas
crecidas y rubias,
el pobre chiquillo
se postra en la tumba
y en voz de sollozos
revienta y murmura:
“Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras”.

Y un cielo impasible
despliega su curva.

“¡Qué bien que me acuerdo!
La tarde de lluvia,
las velas grandotas
que olían a curas,
y tú en aquel catre
tan tiesa, tan muda,
tan fría, tan seria,
y así tan rechula.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras”.

Y un cielo impasible
despliega su curva.

“Buscando comida
revuelvo basura.
Si pido limosna
la gente me insulta,
me agarra la oreja,
me dice granuja
y escapo con miedo
de que haya denuncia.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras”.

Y un cielo impasible
despliega su curva.

“Los otros muchachos
se ríen, se burlan,
se meten conmigo
y a poco me acusan
de pleito al gendarme
que viene a la bulla,
y todo porque ando
con tiras y sucias.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras”.

Y un cielo impasible
despliega su curva.

“Me acuesto en rincones
solito y a oscuras.
De noche, ya sabes,
los ruidos me asustan.
Los perros divisan
espantos y aúllan.
Las ratas me muerden,
las piedras me punzan.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras”.

Y un cielo impasible
despliega su curva.

“Papá no me quiere.
Está donde juzga
y riñe a los hombres
que tienen la culpa.
Si voy a buscarlo,
él bota la pluma,
se pone muy bravo,
me ofrece una tunda.
Mamá, soy Paquito;
no haré travesuras”.

Y un cielo impasible
despliega su curva.

Audacia

Basta de timidez. La gloria esquivo
al que por miedo elude la pelea
y con suspiros lánguidos rastrea
acogido a la sombra de la oliva.

¡Sólo una tempestad brusca y altiva
encumbra la pasión y la marea,
y en empinados vórtices pasea
el abismo de abajo en el de arriba!

¡Oh, rebelde! ¡Conquista la presea,
goza de la hermosura inebriativa
y horror a los demás tu dicha sea!

¡Arrostra por la gracia la diatriba
y en empinados vórtices pasea
el abismo de abajo en el de arriba!

Ópalo

A la vieja necrópolis me arrimo
y en el tumulto del desborde rimo
la postrera canción,
no conforme a la lógica y al arte
sino según el verso brinca y parte
del mismo corazón.

Así surgida de la oculta vena
el agua pura se levanta y suena
en curva de cristal,
y al extremar la iridiscente ojiva
toca en tierra y se alarga fugitiva
caprichosa y triunfal.

¡Cuál voy! El hombre labra su fortuna
como el río su cauce; mas la cuna
y el medio siempre son
árbitros, ay, para las dos corrientes
pues me dan a las linfas y a las gentes
impulso y dirección.

Si resulté raudal turbio de cieno
y espumante de cólera en un trueno,
en un fragor de alud,

la margen verdeció, y un espejismo
puso en mí, como prez, el otro abismo:
el de la excelsitud.

Entro. Hierbas y nichos y pendientes:
ponto con arrecifes y rompientes.

Alzo del polvo un lar,
un caracol cuyo tortuoso hueco
reproduce al oído, como un eco,
el murmullo del mar.

Ando en maleza vil donde no hay ruta
y el temor a una víbora me inmuta
cuando aventuro el pie.

Una virtud suprema y exquisita
baja del firmamento y precipita
la zozobra en la fe.

Lleno de la esperanza de la gloria
y arrostrando la inquina, y en la escoria,
vuelvo al éter la faz,
miro esplender la eternidad del cielo
y reporto a mis lágrimas consuelo
y a mis enconos paz.

Mi espíritu de bronce con acíbar
se torna cera que desprende almíbar.
D'Annunzio dice bien:
la sazón lleva plácido atributo

y dulcifica el alma, como el fruto,
aunque mina el sostén.

Con los jaspes del ónix mexicano
la tarde brilla en el inmenso vano,
en la veste de Ormuz,
y el pobre y aflictivo cementerio
refleja en su abandono y su misterio
la policroma luz.

Un adiós hecho turba de colores,
como el de triste madre suelto en flores
a muerto chiquitín,
radia en el dombo, que prepara luto
y luminaria por el sol hirsuto
que cayó en el confín.

Al rincón venerable llego al cabo.
Hurgo la herida con el propio clavo,
memoro trance cruel,
y ante un espectro gemebundo y bronco
reclino intenso afán en firme tronco
de cercano laurel.

Trepadora vivaz orna la tumba
que al estrago del tiempo se derrumba,
exenta de inscripción,
y en la cruz una ráfaga menea

follaje que parece que chorrea
lastimero festón.

Laúd solemne, sensitivo y pulcro
enmudeció a la orilla del sepulcro
que atesta olvido tal...

A ti mi libro fiel, oh poesía,
honrada solamente por la mía
y la de un vegetal.

¡Y a vos, dama gentil, soberbia y dura,
que guardáis en desdén y en hermosura
un cadáver de amor,
planto y riego distinta enredadera
para que gane cumbre más severa,
ídolo superior!



**Salvador
Díaz
Mirón**

Poesía selecta

se terminó de editar en
noviembre de 2017
en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio
Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diseño y diagramación